

## Hacia la definición arqueológica de la «Beturia de los Célticos»: la Cuenca del Ardila

LUIS BERROCAL RANGEL \*

Dentro de los estudios protohistóricos sobre los pueblos prerromanos peninsulares es notorio el poco desarrollo de los dedicados a los habitantes de las tierras occidentales de la Península, si se comparan con los realizados sobre los Galaicos, Vascones, Vacceos, Cántabros o Celtiberos en el Norte y Centro de la Meseta; Iberos en el Este o Turdetanos y feno-púnicos en el Sur.

De estos pueblos occidentales, los llamados (por las fuentes greco-latinas) Deltici o Keltikoi, habitaban la cuenca baja del Guadiana a su paso por el Alentejo portugués y las comarcas occidentales de la actual provincia de Badajoz (fig. 1). No faltan testimonios en los primeros siglos de la conquista romana que corroboren esta localización, bien directamente, como el pasaje de Plinio (*Naturalis Historia*, 13-14), al que García Iglesias dedicó un conocido artículo (1971: 86-108), o indirectamente, como las citas de Estrabón (*Geografía*, III, 2,15; 2,2 y 3,5) o Livio (34,17).

Sin embargo, quizás por la situación marginal de estas tierras frente a las costeras mediterráneas y atlánticas; por la expansión lusitana acaecida durante el siglo II a.C. o por la división artificial y política que de ellas se realizó bajo Roma, al incluir los territorios del Suroeste extremeño en la provincia Bética, quedó escaso recuerdo de estos «Célticos» del Suroeste. Consecuencias de ello ha sido una cierta indefinición histórica y arqueológica que se ha reflejado en la omisión de estos pueblos en las

---

\* Departamento Prehistoria y Arqueología, Universidad Autónoma de Madrid.

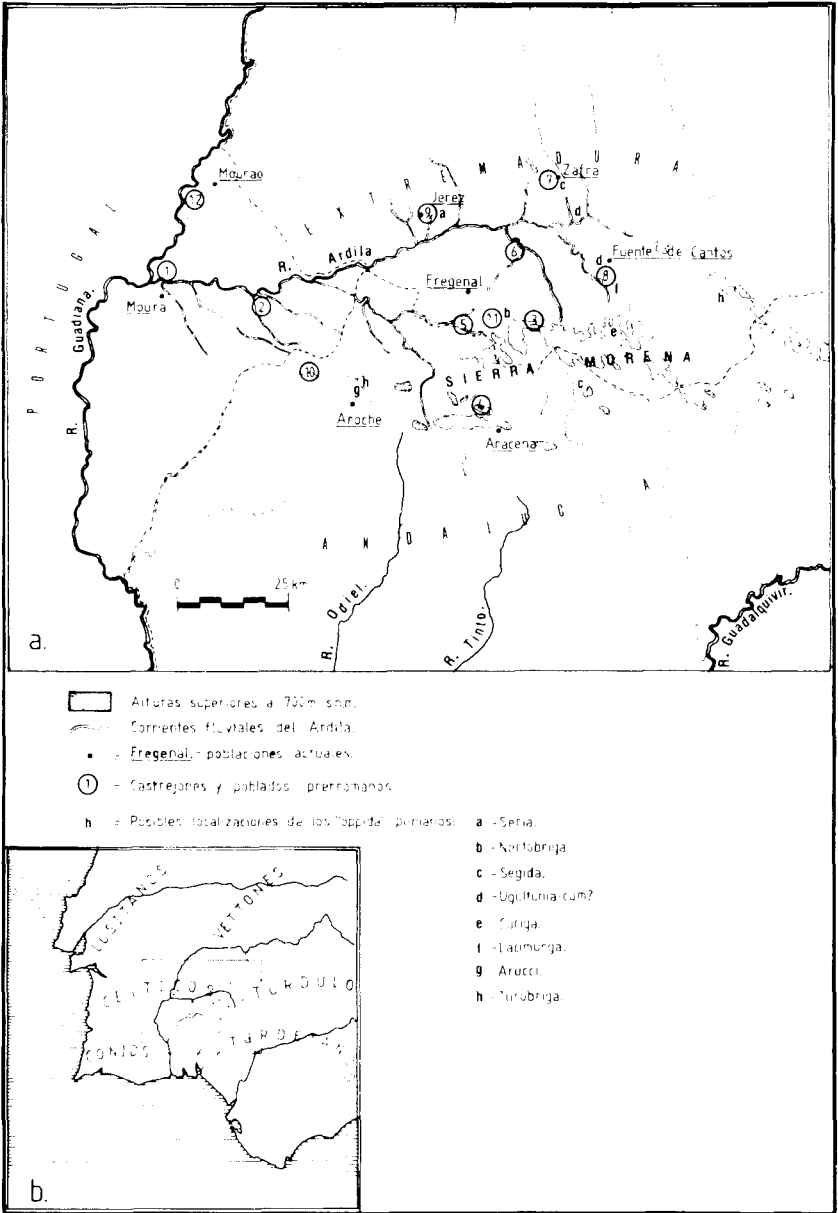


Fig. 1.a. Mapa de localización de la Beturia habitada por los «Célticos», con ubicación de los yacimientos citados en el texto. b. Distribución de los pueblos prerromanos del SO en el siglo I a.C. Según Estrabón y Cayo Plinio.

Historiografías Generales de la Hispania Prerromana, incluyendo sus territorios dentro de los poderosos vecinos lusitanos y turdetanos (Lomas, 1980: 107).

Sólo en los últimos años, a raíz de importantes excavaciones arqueológicas portuguesas como las de Garvão (Beirao et alii, 1985: 45-135), Miróbriga dos Célticos (Soares y Tavares, 1979: 159-181), Pedra d'Atalaia (Tavares da Silva, 1978: 117-132), Alcácer do Sal (Tavares et alii, 1980-81: 148-218) o castro de Segovia (Judice, 1981: 32-43) y españolas como las de la Alcazaba de Badajoz (Valdés, 1979: 337-352 y 180: 571-592), el Castañuelo (Del Amo, 1978: 299-340), Capote (Berrocal, 1988-a), Los Castillejos de Fuente de Cantos (Fernández Corrales et alii, 1988: 69-88), Sierra de la Martela (Enriquez y Rodríguez, 1988: 113-128), Nertóbriga (De la Barrera et alii, e.p.) y Castillo de Jérez (Carrasco, e.p.), estos «Célticos» han comenzado a conocerse en profundidad (Arnaud y Júdece, 1974-77; Júdece, 1983; Fernández Ochoa, 1987).

De los territorios que ocuparon, la zona posteriormente anexionada a la Bética es la mejor delimitada, gracias a la cita de Plinio anteriormente comentada. En ella el escritor nombra los principales poblados u «oppida»: a) Seria (¿Jérez de los Caballeros?), b) Nertóbriga (Fregenal de la Sierra), c) Segida (¿Zafra?, ¿Cala?), d) Ugultunia-cum? (Medina de las Torres?), e) Cúriga (Monesterio), f) Lacimurga (¿Los Castillejos de Fuente de Cantos?) y en lista posterior: g) Arucci (Aroche) y h) Turóbriga (Bienvenida, ¿Aroche?) (fig. 1.a). Dentro de su descripción geográfica y administrativa de la Hispania del siglo I d.C., Plinio las considera como poblaciones de los «Célticos» que habitan las tierras occidentales de una amplia región denominada «Beturia». Aunque polémicas en cuanto a sus localizaciones actuales, las propuestas más recientes las ubican, con una excepción poco sostenible, dentro de una comarca geográfica bien definida por las corrientes fluviales que forman la Cuenca del río Ardila, afluente principal del Guadiana (García Iglesias, 1971: 86-108; Luzón, 1974: 2781-320; Rodríguez Bordallo y Ríos, 1976: 147-163; López Melero, 1986: 94-112) (fig. 1.a).

Esta «Beturia» que en texto de Plinio (*Naturalis Historia* III, 13-14) y Estrabón (*Geografía* III, 2,3) se define como una extensa comarca, situada más allá de la cuenca del Baetis, dentro de la meridional del Anas e incluida en los conventos Hispalenses y Cordubenses, debía ocupar las serranías centrales y septentrionales de la sierra Morena Occidental, dentro de las actuales tierras del Sur de la provincia de Badajoz y las limitrofes del norte de Córdoba, Sevilla y Huelva, en el reborde submeridional de la Meseta y con una adscripción geológica y ambiental diferente a la que caracteriza la Depresión del Guadalquivir.

Dentro de esta amplia región, la cuenca del Ardila, con más de cien kilómetros de Este a Oeste, posee una entidad natural propia, en las tierras del Guadiana, limítrofes con las cuencas del Odiel y Tinto por el Sur y del Guadalquivir, por el Este. Las mismas estribaciones septentrionales de Sierra Morena sirven como elemento definidor, junto al unificador de los arroyos y ríos del Ardila, frente a la tierras béticas que se extienden hacia el Sur (fig. 1.a). Geográficamente la Comarca del Ardila se destaca como prolongación de las tierras occidentales de Portugal, dentro de los límites meridionales de la Meseta. Así no presenta estribación alguna al Oeste, hacia donde corren las aguas del Ardila, mientras que el Sur y el Este están delimitados por parajes montañosos que si bien no alcanzan importantes estribaciones (Tentudía, 1104 m. s.n.m.) son especialmente agrestes y accidentados.

Estas diferencias se hacen claramente extensibles al carácter cultural de los pueblos que la habitaron, cuyos restos arqueológicos denuncian una total concomitancia con las tierras alentejanas al Oeste del río Guadiana y, en un sentido más amplio, con otros pueblos del Occidente, Centro y Norte de la Península Ibérica, mientras que no faltan, en notable menor entidad, los reflejos de las relaciones con la Turdetania, mantenidas a través de la misma cuenca del Guadiana, del Chanza o de las diversas rutas que conformarían la llamada «Vía de la Plata».

En la última década, las actuaciones arqueológicas comienzan a aportar datos que si bien son aún escasos, permiten establecer los primeros patrones culturales de estos pueblos denominados, tan genéricamente y confusamente, «célticos»:

El castro de Azougada (Moura) —1—, situado cerca de la desembocadura del Ardila en el Guadiana, parece haber sido un importante asentamiento, cuyas excavaciones, antiguas y escasamente metódicas, poco han aportado a la posteridad, dado que la mayoría de sus materiales han quedado inéditos. No obstante publicaciones aisladas de las piezas más relevantes (Lima, 1951: 471 y ss.; Almagro Gorbea, 1974: 351-395; Blázquez, 1975; Gómes, 1983: 199-220; Beirao y Gómes, 1985: 465-499) permiten considerarlo como yacimiento del llamado Período Orientalizante o Primera Edad del Hierro, con un abandono definitivo en el siglo v o iv a.C. según se desprende de materiales cerámicos, entre ellos algunos áticos (Rouillard, 1975: 31-42). Éstos plantean un papel como exponente de las relaciones con el Sur a través del cauce del Guadiana y a su vez, con el Oeste, como posible entrada colonizadora de las tierras del Ardila. Poblados vecinos como el de Castelo Velho de Safara o de Safarejo —2— muestran materiales estampillados claramente adscribibles al Segundo Hierro (Arnaud y Júdece, 1974-77: 195).

También en el siglo VI a.C., por paralelos en yacimientos tan significativos como Medellín, parecen fecharse ciertos recipientes carenados o «cazuelas» procedentes de las campañas de urgencias realizadas en el castro de la Martela (Segura de León) —3—, en el que unas magníficas placas áureas y numerosas cerámicas estampilladas apuntan, a partir del siglo V, relaciones más septentrionales y occidentales (Enríquez y Rodríguez, 1988: 113-128; Berrocal, 1989). Este poblado, de pequeña extensión, situado sobre una cima de difícil acceso, cuyas casas y defensas debieron aprovechar y adaptarse a los numerosos afloramientos graníticos y pizarrosos, viene a marcar las pautas de los asentamientos fechados en los siglos V al III a.C. de la comarca y cuya denominación en la toponimia actual es la de «Castrejones». La configuración de sus casas, aún escasamente conocida, aboga por el uso extensivo de la piedra, generalmente pizarrosa, para la construcción de sus muros, trabada a veces con barro, otras, a seco. Por lo conocido en otro yacimiento contemporáneo, el Castañuelo —4—, situado algo más al Sur, en tierras de Aracena o el más occidental Castrejón de Capote (Higuera la Real) —5—, las estancias presentan una planta irregular, trapezoidal, rectangular o tendente al cuadrado, a veces con las esquinas curvas, están adosadas entre sí y abiertas a espacios no techados, de manera que conforman el espacio habitado intramuros como una sucesión de conjuntos independientes de estancias. Los bancos corridos, adosados a los muros en torno a hogares rectangulares o subrectangulares son relativamente frecuentes (Del Amo, 1978: 300 y ss.; Berrocal, 1988-a: 50-51 y datos inéditos de las campañas II y III, 1988 de Capote).

Los materiales cerámicos de estos castrejones durante estos siglos reflejan una escasa presencia de las producciones turdetanas e ibéricas, cuyos mejores exponentes son algunos cuencos de paredes curvas, oxidados, a torno, a veces decorados con bandas negras y rojas, de distinto grosor. Frente a estos, las producciones de cocciones reductoras, hechas a mano o con la posible ayuda de una platija, profusamente decoradas con abundantes cordones y mamelones, incisiones, acanaladuras, impresiones, excisiones y estampillados (fig. 2), sin que falten materiales «peinados» e impresiones «puntilladas», son mayoritarias y reflejan un gusto indígena que junto con las características constructivas demuestran su plena inclusión en los pueblos «célticos» del Alentejo y más allá, sus relaciones con la Meseta Septentrional y el Occidente Galaico-lusitano (Berrocal, 1988-b).

Entre sus formas destacan, por su abundancia, los vasos con perfil en «S» de hombros marcados con una ligera carena (fig. 2.b), a veces polípodos, montados sobre estructuras prismáticas o repiés cuadrados,

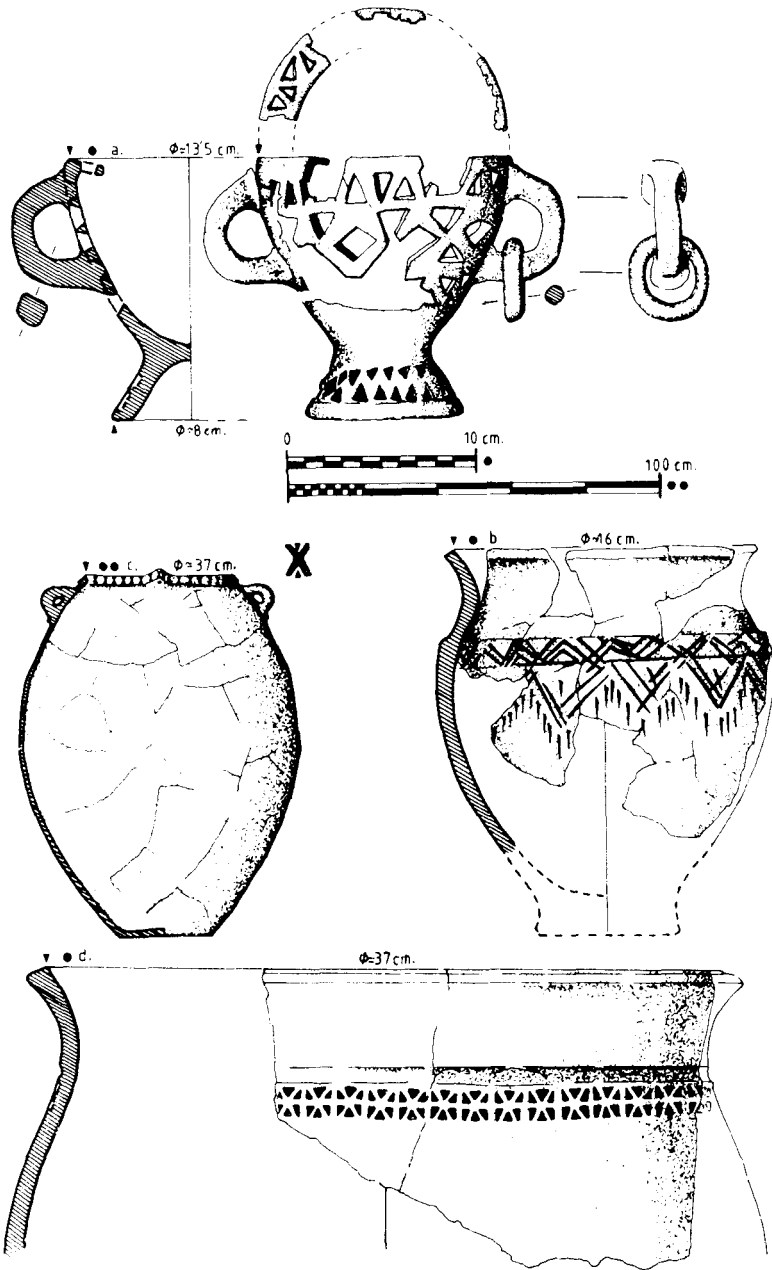


Fig. 2. Recipientes cerámicos procedentes del castro de Capote (II campaña), decorados con excisiones (a), incisiones (b) y estampillados (c y d).

así como los llamados «quemadores o calefactores», vasos fenestrados, que si no son abundantes, están registrados con varios ejemplares en el Cantamento de la Pepina (Valencia del Ventoso) —6—, en el poblado de la Ermita de Belén (Zafra) —7—, en el castro del Cerro del Castillo (Aroche) —10— y especialmente en el castrejón de Capote, donde se han documentado cerca de una treintena, hasta el momento, alguno de gran calidad artística (fig. 2.a), (Rodríguez Díaz, 1987; Berrocal, 1988-b; Pérez Macías, 1987: 65 y materiales inéditos de Capote). Los paralelos conocidos en diversos yacimientos alentejanos, muy similares, refuerzan el sentido de unidad cultural de esta región, pese a que se conocen ejemplares más o menos aislados por toda la Meseta Septentrional (Beirao et alii, 1985: 133; Berrocal, 1988-b).

Por último son destacables las urnas, ollas y demás vasos de tamaño medio, pastas oscuras y fabricación a torno, decorados con grandes motivos estampillados, por lo general formando reticulados, ajedrezados y aspás (fig. 2.d) y las grandes vasijas de almacén, con formas evolucionadas de las antiguas ánforas fenicias (fig. 2.c).

En estos poblados se observa una segunda fase, cada vez mejor definida, que pudiera fecharse durante el siglo II e inicios del I a.C., en la que las casas muestran una mayor regularidad constructiva y una mayor especialización de las estancias como áreas de actividades específicas. Durante la segunda campaña de excavaciones en el castrejón de Capote se documentaron varias habitaciones dedicadas al almacenaje de vino y aceite en ánforas y grandes vasijas, en torno a un cuarto utilizado para la molineda de la oliva.

Las construcciones defensivas alcanzan una mayor complejidad, con el uso de bastiones y torres de planta cuadrangular, en los flancos de mayor debilidad y flanqueando las entradas, así como es posible que en estos momentos se daten una serie de parámetros contruidos o enmascarados con grandes bloques casi ciclópeos, documentados en el Cantamento de la Pepina —6— o en el castrejón de Bodonal de la Sierra (Rodríguez y Berrocal, e. p.). Las estructuras defensivas mejor conocidas son las de los Castillejos 2 de Fuente de Cantos (Fernández Corrales et alii, 1988) y el castrejón de Capote, en donde, durante la III campaña documentamos lienzos de piedra con alturas de seis metros y la utilización de un foso de 20 × 3 m. de anchura y profundidad, flanqueado por posibles piedras hincadas.

La cerámica presenta la utilización mayoritaria del torno en pastas más depuradas y compactas. Entre los productos de cocciones reductoras abundan las cerámicas grises, a menudo negraś, de superficie pulida

o bruñida y decoradas con pequeños motivos estampillados e impresiones puntilladas y ruedecillas. Los materiales excavados en el poblado de El Coto, la antigua Nertóbriga (Fregenal) —11— muestran interesantes piezas que denotan una intensidad de contactos con tierras más occidentales (De la Barrera et alii, e. p.). También las relaciones con los pueblos turdetanos se incrementan, al compás de la conquista romana y acompañan con recipientes a torno, oxidados y pintados con bandas rojizas, a las cada vez más numerosas producciones «campanienses» de tipo B. Asentamientos como los del Cantamento (Valencia del Ventoso) —6—, Ermita de Belén (Zafra) —7—, Castillo de Jerez (Jerez de los Caballeros) —9—, Cerro del Castillo (Aroche) —10—, muestran una evolución similar en sus materiales, aunque las influencias meridionales serán más amplias cuanto más al Este se sitúe el asentamiento tal como puede deducirse de la importancia documentada en Los Castillejos 2 de Fuente de Cantos —8—.

Los objetos de metal suelen ser diversos instrumentos, como picos, hachas, cuñas, machotas, etc., relacionados con actividades mineras, que hablan de la importancia de estos recursos, tal como Estrabón recogía en el siglo I a.C., al describir la Beturia como las tierras áridas que acompañan al Anas (*Geografía*, III, 2,3). Junto a éstos, hoces y demás herramientas relacionadas con la agricultura, así como escasas puntas de lanza conforman el instrumental de hierro más frecuente en estos poblados, los hallazgos de fibulas de bronce, hierro y en menor medida, plata suelen ser relativamente frecuentes, respondiendo mayoritariamente a modelos de La Tené I y II.

Durante el siglo I a.C., con las actuaciones derivadas de la guerra sertoriana y definitivamente, con la pacificación de la Lusitania por César a mediados del siglo (Plutarco, *Cesar*, 12), esta comarca se incorpora a la provincia romana Ulterior. La actuación de César debió ser fundamental y reflejo de ello deben ser los «cognomina» de los «oppida» anteriormente citados: Concordia Iulia, Fama Iulia, Retituta Iulia, Contributa Iulia, etc. como los de las principales poblaciones romanizadas de la extensa región alentejana habitada por los «Célticos»: Pax Iulia (Beja), Liberalitas Iulia (Ebora), Felicitas Iulia (Olisipo), etc. El castelo da Lousa (Mourao) —12— muestra uno de los primeros asentamientos romanos, específicamente militares, que pudieron, en opinión de Knapp, formar una o varias líneas de defensa frente a los lusitanos y a las tropas sertorianas en los comienzos del siglo I a.C. (1985: 160-161). La potenciación de asentamientos «centralizadores» del habitat, como pudo ser Nertóbriga —11—, desde entonces apellidada Concordia Iulia, puede estar relacionada con



el abandono de otros, como el cercano castrejón de Capote —5— y ser reflejo de la política de romanización implantada en la Comarca.

## BIBLIOGRAFÍA

- ALMAGRO GORBEA, M., 1974: «Dos thymiateria chipriotas procedentes de la Península Ibérica», *Miscelánea Arqueológica*, I, 41 y ss. Barcelona.
- ARNAUD, J. M., y JUDICE, T., 1974-77: «Cerâmicas estampilhadas da Idade do Ferro do Sul de Portugal. I. Cabeça de Vaíamonte-Monforte», *O Arq. P.*, III, Vols. VII-IX, 165-202 págs.
- BEIRAO, C. DE M., y GOMES, M. V., 1985: «Grafitos da Idade do Ferro do Centro e Sul de Portugal», *III CL y CP* (Lisboa 1980), 465-502 págs.
- BEIRAO, M. DE C.; TAVARES, C.; SOARES, J.; VARELA GOMES, M., y VARELA, R., 1985: «Depósito votivo da II Idade do Ferro de Garvão. Notícia da primeira campanha de escavações», *O Arq. P.*, III, ser. IV, 45-135 págs.
- BERROCAL RANGEL, L., 1987: «La Losa de Capote (Higuera la Real, Badajoz)», *A. Esp. A.*, 60, 195-207 págs.
- , 1988a: *Excavaciones en Capote (Beturia éltica)*, I, Serio Nertobriguense, 1, 84 págs.
- , 1988b: «Materiales cerámicos a mano procedentes de una necrópolis nertobriguense», Comunicación presentada al *II Coloquio sobre Celtiberos*, Daroca.
- , 1989: «Placas áureas de la Meseta Occidental», *Trabajos de Prehistoria*, 69 págs., Madrid.
- BLÁZQUEZ MARTÍNEZ, J. M., 1975: *Tartessos y los orígenes de la Colonización Fenicia en Occidente*. Acta Salmanticensia, 447 págs., Salamanca.
- CARRASCO, M. J.: «Avance de las excavaciones arqueológicas realizadas en el Castillo de Jerez de los Caballeros (Badajoz). *Extremadura Arqueológica*, 2, e. p.

- BARRERA, J. L. DE LA; VELÁZQUEZ, J. L.; OYOLA, A., y BERROCAL, L. (e. p.): *Nertobriga Concordia Iulia*, I. Serie Nertobriguense, 2.
- AMO, M. DEL, 1978: «El Castañuelo. Un poblado céltico en la provincia de Huelva», *Huelva Arqueológica*, IV, 299-340 págs.
- ENRIQUEZ, J. J., y RODRÍGUEZ, A., 1988: «Campaña de Urgencia en la Sierra de la Martela (Segura de León, Badajoz)», *Extremadura Arqueológica*, I, 113-128 págs.
- FERNÁNDEZ CORRALES, J. M.; SAUCEDA, M. I., y RODRÍGUEZ, A., 1988: «Los poblados calcolítico y prerromano de «Los Castillejos» (Fuente de Cantos, Badajoz)», *Extremadura Arqueológica*, I, 69-88 págs.
- FERNÁNDEZ OCHOA, C., 1987: «Los pueblos prerromanos de la fachada atlántica: lusitanos y célticos», *Historia General de España y América*, I-2. Rialp, 331-354 págs., Madrid.
- GARCÍA IGLESIAS, L.: «La Beturia, un problema geográfico de la Hispania Antigua», *A. Esp. A.*, XLIV, 86-108 págs.
- GOMES, M. V., 1983: «El Smiting God» de Azougada (Moura)», *TP*, 40, 199-220 págs.
- JUDICE GAMITO, T., 1981: «A propósito do castro de Segovia (Elvas). Resistência a Roma no Sudoeste peninsular», *Historia*, 29, 32-43 págs.
- , 1983: «A Idade do Ferro no sul de Portugal. Problemas e perspectivas», *Arqueologia*, 6, 65-78 págs., Porto.
- KNAPP, R. C., 1985: «The Significance of Castelo da Lousa. III CI y CP. (Lisboa 1980), 159-162 págs.
- LIMA, J. F. DE, 1951: «Apectos da Romanização no territorio português da Bética», *O Arq. P.* I, 2 ser., 171-211 págs.
- LOMAS, F. J., 1980: «Pueblos celtas de la Península Ibérica», *Historia de España Antigua*, I. Protohistoria, 83-110 págs., Nájera.
- LÓPEZ MELERO, R., 1986: «Nueva evidencia sobre el culto de Ategina: el Epigrafe de Bienvenida», *Manifestaciones religiosas en la Lusitania*, 94-112 págs., Cáceres.
- LUZÓN, J. M., 1974: «Romanización», *Huelva: Prehistoria y Antigüedad*, 271-320 págs., Madrid.
- PÉREZ MACÍAS, J. A., 1987: *Carta arqueológica de los Picos de Aroche*, 131 págs., Cahahuelva.
- RODRÍGUEZ BORDALLO, R., y RÍOS, A. M., 1976: «Contributa Iulia Ugultuniacum», *V Cee (Arte y Arqueología)*, 147-163 págs., Badajoz.
- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., 1987: «Nota preliminar sobre el poblado perromano de Belén (Zafra)». Comunicación presentada al XIX CNA (Castellón 1987).

- RODRÍGUEZ DÍAZ, A., y BERROCAL, L.: «Materiales cerámicos de la Segunda Edad del Hierro del Cantamento de la Pepina (Fregenal de la Sierra, Babajoz)», *Cuadernos de Prehistoria y Arqueología*, 12, e. p.
- ROUILLARD, P., 1975: «Coupes attiques à figures du IV siècle en Andalousie», *Melanges de la Casa de Velázquez*, XI, 21-49 págs.
- SOARES, J., y TAVARES, C., 1979: «Cerámica pre-romana de Miróbriga (Santiago do Cacém)», *Setubal Arqueológica*, V, 159-181 págs.
- TAVARES DA SILVA, C., 1978: «Ocupação Ferro da Pedra d'Atalaia (Santiago do Caçem)», *Setubal Arqueológica*, IV, 177-132 págs.
- TAVARES DA SILVA, C., 1980-81: et alii, «Escavações arqueológicas no Castelo de Alcácer do Sal (Campanha de 1979)», *Setubal Arqueológica*, VI-VII, 149-218 págs.
- VALDÉS FERNÁNDEZ, F., 1979: «Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz», *REE*, XXXV, II, 337-352 págs.
- , 1980: «Excavaciones en la Alcazaba de Badajoz», *REE*, XXXVI, III, 571-592 págs.